

En defensa de la hegemonía presidencial

Alejandro Aurrecoechea Villela

John M. Ackerman (Coord.), El cambio democrático en México. Retos y posibilidades de la “Cuarta Transformación”, México, Siglo XXI, 2019.

Si algo ha quedado claro desde el triunfo de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) es que tiene muy claras sus prioridades y no está dispuesto a modificar un ápice la ruta que ha trazado desde el inicio de su carrera política. Que nadie se diga sorprendido por sus decisiones desde que accedió al poder: todas ellas estaban claramente señaladas o podían deducirse de sus libros y discursos. Siempre parecieron ingenuos quienes apostaban porque AMLO se moderaría ante las circunstancias para, por ejemplo, permitir que continuase la instrumentación de la reforma energética o la construcción del aeropuerto de Texcoco.

Sin duda, durante su carrera política AMLO ha centralizado la toma de decisiones. Sin embargo, no debe soslayarse la influencia de académicos e intelectuales, varios de los cuales abrevan en corrientes de pensamiento ligadas al marxismo. Por ejemplo, una influencia relevante es el profesor universitario Enrique Dussel, quien ha estado cercano a todas las definiciones programáticas de las campañas de AMLO. Dussel es un lector atento de Marx y de los aspectos teológicos de su pensamiento. Este ex rector de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México fue en su momento propulsor del concepto de “República Amorosa” tan

relevante en el discurso de López Obrador, especialmente en la contienda de 2012 y, más recientemente, un impulsor de la “Cartilla Moral”.

También es uno de los fundadores de la “filosofía de la liberación” que conjuga vertientes marxistas y cristianas.

Hay otros académicos influyentes dentro de la 4T, entre los que destaca el también profesor de la UNAM –y miembro del Comité Técnico de Selección de consejeros del Instituto Nacional Electoral (INE)– John M. Ackerman. Coordinó el volumen colectivo que nos ocupa y que congrega a varios de los principales integrantes de la *intelligentsia* obradorista (entre los autores

Las ideas de AMLO y los defensores de la 4T parecerían ser afines a una suerte de “bonapartismo”. La principal característica de este concepto, según el politólogo Robert Michels, es que el poder del jefe de Estado descansa únicamente en la voluntad directa del pueblo, sin intermediarios

de capítulos se incluyen, además de Ackerman y Dussel, personalidades de celebridad más reciente como Katu Arkonada y Pedro Salmerón).

Esta publicación es uno de los esfuerzos más claros hasta el momento por operacionalizar la visión política de la “Cuarta Transformación”. Entre sus páginas se explora el concepto de democracia que guía a la 4T, la cual, como señala el ya conocido estribillo de AMLO, pretende ser “un cambio de régimen no de gobierno”.

Al respecto, en el libro resaltan críticas a la democracia representativa e instituciones electorales como el INE – aun cuando fueron éstas las que validaron el triunfo de López Obrador en 2018–. En uno de los capítulos (“Soberanía popular y democracia participativa”) se defiende la necesidad de instrumentar esquemas de democracia directa –plebiscito, referéndum– para lograr el ejercicio efectivo de la soberanía

popular que, se argumenta, hasta ahora ha sido negado por el esquema representativo existente. Para la autora Margarita Favela, hay grandes avances a este respecto desde la elección de López Obrador. En particular, cita dos ejemplos: las consultas populares para decidir la continuación del aeropuerto de Texcoco (octubre 2018) y los 10 proyectos prioritarios del gobierno (noviembre 2018).

Ello es una falacia. Dichos ejercicios (a los que se podría añadir uno más reciente: la consulta para cancelar la instalación cervecera de *Constellation Brands* en Mexicali) no son muestra de un empoderamiento ciudadano efectivo. Se organizaron de manera acelerada y sin reglas claras que permitieran a bandos opuestos exponer sus posiciones. Para decirlo sin ambages: estas “consultas” consistieron en una burda táctica para legitimar una decisión previamente tomada, subvirtiendo así cualquier

intencionalidad de ampliación de derechos democráticos.

En otros capítulos se reivindican los presuntos beneficios de un poder presidencialista fuerte, que ejerza hegemonía sobre los demás órganos del Estado y la sociedad civil. Ello se hace aduciendo la especificidad del momento histórico y los antecedentes recientes de ineficacia gubernamental y supuesto control del Estado por poderes ilegítimos. Destaca la introducción del libro por parte de Ackerman, quien sostiene que “el proceso de transformación revolucionario del sistema político mexicano apenas se inicia” y ensalza las virtudes de ejercer una “hegemonía democrática como hoy hace López Obrador”. En su opinión, no hay nada que temer de esta hegemonía, pues se basa en un concepto de democracia distinto al de gobiernos previos, bajo los cuales “el pueblo se reduce a ser una agrupación de súbditos cuya única opción es obedecer, mientras

*Siempre parecieron ingenuos quienes apostaban porque AMLO
se moderaría ante las circunstancias para, por ejemplo,
permitir que continuase la instrumentación de la reforma energética
o la construcción del aeropuerto de Texcoco*

desde el enfoque obradorista somos ciudadanos cuyas opiniones y acciones son tomadas en cuenta”. En esta afirmación de Ackerman resuenan ecos de las reivindicaciones de Dussel sobre la “democracia obedencial”, cuyos rasgos también encontró en líderes como Hugo Chávez y Evo Morales.

Esta defensa de la “hegemonía democrática” embona con declaraciones recientes por parte de otros autores cercanos a la 4T que reivindican, siguiendo a Max Weber, el “cesarismo” o “democracia de liderazgo”, que se refiere al hecho, “no infrecuente en las democracias modernas, de líderes capaces de hablar directamente a la sociedad saltando sobre las instancias burocráticas y representativas”.¹

En general, las ideas de AMLO y los defensores de la 4T parecerían ser afines a una suerte de “bonapartismo”. La

principal característica de este concepto, según el politólogo Robert Michels, es que el poder del jefe de Estado descansa únicamente en la voluntad directa del pueblo, sin intermediarios. Al respecto, Michels recuerda que Napoleón III “hacía de la soberanía popular la base teórica de todas sus actividades prácticas. Aumentó su popularidad al declarar que se veía a sí mismo simplemente como el órgano ejecutivo de la voluntad general manifestada en las elecciones y que estaba listo en todo momento a aceptar sus decisiones. Con gran sagacidad repetía constantemente que él no era más que un instrumento, un servidor de las masas”.² En esta cita hay claros ecos de AMLO, quien se declara el principal interprete de la voluntad popular (recordemos la frase: “yo ya no me pertenezco,

mi amo es el pueblo de México”).

Así, lo planteado en este volumen es consistente con el enfoque proclive a la erosión de contrapesos –notablemente de organismos autónomos y de la sociedad civil– que ha caracterizado al actual gobierno. Tal postura es preocupante. La historia está llena de esfuerzos por promover “democracias populares” –supuestamente más auténticas que la democracia “formal”, “burguesa” o “liberal”– con funestas consecuencias en términos de protección de libertades civiles.

Afirmaciones como las contenidas en este volumen subrayan la necesidad de redoblar esfuerzos para defender las instituciones que se han buscado construir en la transición democrática mexicana. Ello cobra aún mayor relevancia en un contexto de crisis económica y sanitaria –y la probable caída de AMLO en las encuestas– que reforzaría el apetito por afianzar la hegemonía presidencial. **B**

¹ Héctor Aguilar Camín, “Entendiendo la voz de AMLO”, *Milenio*, 27 de septiembre de 2019. Ello, en referencia a la postura de Javier Tello.

² Robert Michels, *Political Parties. A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*, NY, The Free Press, 1962, pp. 212-213. La traducción es mía.